

# LAS REACCIONES

## Represión en Cuba

Rafael Rojas

[*El País*, 4 DE ABRIL, 2003]

Desde hace años, el gobierno de Fidel Castro estudiaba el modo de decapitar a la naciente oposición cubana. Una ley aprobada en 1999, por un parlamento que no es más que la caja de resonancia del poder castrista, establecía que por el delito de «propaganda enemiga» un ciudadano podía ser condenado a 20 años de cárcel. Aquella ley draconiana, llamada de «protección de la independencia y la economía nacional», entendía por «propaganda enemiga» cualquier cuestionamiento público del régimen, ya que la crítica o denuncia de la falta de libertades y el irrespeto a los derechos humanos serían utilizadas, fuera de Cuba, como justificaciones de la política de Estados Unidos hacia la isla. Con esa ley mordaza, Fidel Castro parecía leerle sus derechos al pueblo cubano: «no hables, porque todo lo que digas podrá ser usado en mi contra».

La coyuntura esperada para desatar la represión llegó con la guerra de Irak. El cálculo de Fidel Castro, quien presume de astucia política, fue bastante obvio. Estados Unidos se concentraría en una intervención costosa, sumamente impopular en Europa y América Latina, por lo que una oleada represiva en la Habana pasaría inadvertida y, en caso de alguna interpelación diplomática, siempre podría afirmarse, con descomunal cinismo, que Cuba libraba su propia guerra contra el terrorismo. El gobierno cubano, enfrascado desde hace años en una fantástica «batalla de ideas», ya no distingue entre una oposición pacífica, como la que intenta articularse en la isla, y una secta terrorista que asesina a políticos civiles y bombardea edificios públicos. Para ese gobierno las ideas son armas y la política es una continuación de la guerra por otros medios.

Entre el martes 18 y el jueves 20 de marzo, el gobierno de Fidel Castro arrestó a 78 opositores cubanos, afiliados a las decenas de partidos políticos, organizaciones de periodistas, bibliotecarios y economistas independientes e instituciones promotoras del respeto a los derechos humanos que existen en la isla. Estas asociaciones han ido gestándose, en las últimas décadas, al margen de la Constitución cubana, la cual en sus artículos 54° y 62° establece la ilegalidad de instituciones civiles y políticas independientes del Estado. Entre los activistas encarcelados figuran algunas personalidades de amplio reconocimiento internacional, como los economistas Oscar Espinosa Chepe y Marta Beatriz Roque, quien ya sufrió cinco años de prisión por haber redactado, junto al disidente socialista Vladimiro Roca, el documento *La patria es de todos*, el académico Héctor Palacios, director del Instituto de Estudios Sociales y Políticos, el periodista Ricardo González Alfonso, director de la revista *De Cuba*, y el poeta Raúl Rivero, fundador de la agencia de prensa independiente Cuba Press.

La oposición cubana, aunque ilegal, ha sido tolerada por el gobierno de Fidel Castro con el fin de evitar condenas en foros internacionales, que limiten el acceso a créditos de la maltrecha economía de la isla. Los opositores, sin embargo, son hostigados constantemente por la policía política a través de arrestos, interrogatorios, registros y «actos de repudio», que son la modalidad cubana del *pogrom* fascista. En su poema «Orden de registro», perteneciente al cuaderno *Puente de guitarra* (Universidad Autónoma de Puebla, México, 2002), Raúl Rivero relata la extraña experiencia de un allanamiento de la Seguridad del Estado: «¿Qué buscan en mi casa/ estos señores?/ ¿Qué hace ese oficial/ leyendo la hoja de papel/ en la que he escrito/ las palabras *ambición, liviana, quebradiza...*! Ocho policías en mi casa/ con una orden de registro/ una operación limpia/ una victoria plena/ de la vanguardia del proletariado».

El sistema político cubano está concebido de tal manera que la oposición no sólo sea ilegal, sino delictiva y, por tanto, punible. Los grupos disidentes cubanos son culpables de un delito de conciencia que consiste en oponerse pacíficamente al gobierno de Fidel Castro ¿Por qué la oposición es un delito? Porque Cuba, según la élite castrista, vive en guerra perpetua contra Estados Unidos —el imperio del mal— y en una guerra no hay gobernantes y opositores sino amigos y enemigos, cómplices y traidores. Poco importa que disidentes como Elizardo Sánchez Santa-cruz, Vladimiro Roca y Raúl Rivero se opongan públicamente al embargo comercial de Washington contra la isla y hasta defiendan un cambio político promovido por el actual gobierno. Poco importa que en el punto 32° del documento «Medidas para salir de la crisis» de la gran alianza disidente *Todos Unidos*, suscrita entre otros, por Payá, Sánchez, Roca y Palacios, se solicite «ayuda internacional para aliviar las dificultades de alimentación, sanitarias, de transporte y otros servicios vitales para la población». En un régimen totalitario, como el que subsiste en Cuba, la disidencia y la crítica son sinónimos de deslealtad y apostasía.

Esta vez, para acusar de alta traición a los opositores cubanos, el gobierno de la isla encontró el pretexto que necesitaba: una serie de indiscretas reuniones de James Cason, Jefe de la Sección de Intereses de Estados Unidos en la Habana, con miembros de la disidencia. Aunque la práctica de dialogar con la oposición sea recomendable para la diplomacia de gobiernos democráticos, en el caso de Cuba, que es una dictadura, el Departamento de Estado debería ser más cuidadoso. Un largo expediente de hostilidad y subversión justifica que el Estado cubano, tan proclive por su parte al cabildeo ideológico y político en América Latina y Europa, asuma la actitud del representante de Washington como una intervención en asuntos domésticos. Esas indiscreciones, además de aumentar la tensión entre Estados Unidos y Cuba, desacreditan a los opositores, quienes intentan borrar el estigma castrista que los presenta como «agentes del imperialismo yanqui», deseosos de «anexar» la isla al territorio norteamericano.

Es inevitable leer la reciente oleada represiva como una reacción contra el respaldo internacional logrado por el opositor Proyecto Varela, que encabeza el líder del Movimiento Cristiano de Liberación, Oswaldo Payá. Esta iniciativa, apoyada por más de 11.000 ciudadanos de la isla, propone una serie de reformas constitucionales que amplíen el margen de libertades económicas, civiles y políticas de la sociedad cubana, sin exigir, propiamente, un cambio de régimen. A pesar de su moderación y su apego a la legitimidad del gobierno de Fidel Castro, el proyecto

Varela fue desestimado por la Asamblea Nacional del Poder Popular, tras un ritual de confirmación en el que se declaró «irrevocable» la naturaleza totalitaria del sistema. El encarcelamiento de 75 opositores es la respuesta tiránica del gobierno cubano a una demanda pacífica y constitucional de 11.000 ciudadanos.

El momento elegido por Fidel Castro para ordenar la represión de la disidencia fue revelador de la temeraria impunidad de su régimen. Faltaban apenas unos días para que se debatiera en la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, en Ginebra, una resolución que, como cada año, recomienda a Cuba dar pasos efectivos en favor del respeto a los derechos humanos y le solicita que autorice la visita de un representante del Alto Comisionado para los Derechos Humanos de la ONU. El gobierno de la isla aspiraba a que Cuba no fuera condenada en Ginebra, incluso tras una muestra tan fehaciente de su naturaleza represiva. Países latinoamericanos con una nueva credibilidad democrática, como México y Chile, que han tenido el valor de oponerse a la guerra de Estados Unidos contra Irak, tuvieron la firmeza de apoyar dicha resolución, ya que en el último año se ha agravado la falta de libertades en Cuba.

La actual campaña represiva del gobierno cubano se produce, además, en un momento de intenso cabildeo a favor de la derogación del embargo comercial de Estados Unidos contra Cuba. Como tantas veces en el pasado, la actuación despótica del régimen de Fidel Castro parece favorecer a los cada vez más reducidos círculos intransigentes que, en Washington y Miami, le apuestan a un tránsito «rápido» a la democracia, acicateado por la asfixia económica y la marginación internacional de la isla. La violenta represión política desatada en las principales ciudades cubanas viene a confirmar, una vez más, que el régimen de Fidel Castro vive en un estado de guerra perpetua contra enemigos reales o imaginarios y que la lógica y el lenguaje de la confrontación, lejos de debilitarlo, lo crispan y endurecen.

El mundo occidental, que con tanta vehemencia pide paz y cordura, no debería contemplar impasible cómo se encarcela la democracia en un pequeño país del Caribe. ■

## Sin novedad (Fragmentos)

*M. Vázquez Montalbán*

[*El País*, 7 DE ABRIL, 2003]

(...) Pues bien, alucinados y en buena parte deshabitados y mutilados por el espectáculo de esta guerra miserable, de pronto hay que girar la vista hacia el Oeste porque tal vez, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, el Gobierno cubano ha decidido practicar una razia contra la oposición política, representada por disidentes de larga ejecutoria, como el poeta y periodista Raúl Rivero. Han comenzado los juicios contra 70 periodistas y disidentes, a pocos kilómetros del *gulag* norteamericano donde permanecen secuestrados prisioneros talibanes, como si el Gobierno de La Habana quisiera construir o reconstruir el imaginario de aquella guerra de trincheras que se llamó guerra fría. A pesar de la mucha dedicación que Fidel Castro últimamente ha aplicado a los estudios sobre globalización y antiglobalización, me parece que se le escapa la comprensión de la principal conclusión de la nueva *dialéctica*, y empleo el término por el mucho uso que de él se sigue haciendo en La Habana,

donde hasta los porteros de *night club* saben decirte: «Compañero, éste es un país en el que hay mucha dialéctica».

El sentido crítico de los nuevos tiempos se siente asfixiado por los maniqueísmos, y muy especialmente por los obsoletos maniqueísmos de la guerra fría. La represión antidemocrática es la represión antidemocrática allí donde se dé, y frente a la brutalidad depredadora del Imperio del Bien, resulta grotesco oponerle la usura *dialéctica*, eso sí, pero provinciana y unidimensional de un pequeño aunque voluntarioso Imperio del Mal. ■

## Delatores

*Carlos Victoria*

[*El Nuevo Herald*, 9 DE ABRIL, 2003]

El logro principal del dictador de Cuba, aparte del visible de mantenerse a flote por más de cuatro décadas, es haber sembrado la desconfianza en todos los cubanos. El hombre emblema de la llamada revolución no ha sido el militar, ni el policía, ni siquiera el militante fiel; este dudoso honor le ha tocado al chivato.

No me refiero al chivato común, al eterno miembro del comité de defensa que vigila las casas, las calles y el barrio, ni al habitual soplón de cada centro de trabajo o estudio. Ese tipo de delator, que desafortunadamente ha invadido la isla desde que yo era un niño, y ya tengo 53 años, no nos ha hecho ni remotamente el daño que ha hecho el otro, el que vive en la sombra, el que se pone máscaras, el más abyecto de su mezquino género. Hablo del encubierto. Del agente. Del chivato infiltrado.

Este ser repulsivo, que engaña a los demás, que tima y miente, ha sido y es el héroe del régimen de Cuba. Y lo peor, nos ha enfermado a todos.

No conozco a un cubano que en algún momento no haya sospechado de conocidos y también de parientes; sé de muchos que han puesto en duda, dolorosamente, incluso a un ser querido.

Este recelo arruina, desmoraliza, mata. Provoca desunión, desilusión, inercia. Es la causa, más que el oportunismo y que la cobardía, de que en Cuba haya un único dueño de todo.

Esta ponzoña de la desconfianza da lugar a variantes perversas: si un cubano quiere destruir a otro, si se propone anular sus ideas, destruir su prestigio y desacreditarlo para siempre, lo acusa de informante. Muchas veces de una forma injusta.

Desde muy joven traté de inmunizarme contra esta enfermedad. Mi remedio era simple: ser yo mismo con todos. Dar la cara. Mostrar mi realidad. Esto me costó caro: me expulsaron de la universidad, me encarcelaron, confiscaron todos mis manuscritos. Pero al menos me libraba en parte de la trampa de vivir con miedo, de pensar todo el tiempo que cualquier allegado podría ser un traidor con el poder de hundirme.

Con los años he intentado también aceptar a los que piensan diferente a mí, y en gran medida creo que lo he logrado. Mi padre es comunista y tenemos un vínculo de afecto, y uno de mis amigos ocupa un cargo muy notorio en La Habana. Aquí tampoco oculto mi verdad, aunque sea inoportuna.

Y sin embargo, a pesar de mi esfuerzo, no he salido ileso. Los delatores, los chivatos tapados, me sacan todavía totalmente de quicio. Me enferman. Me deforman

ideas y sentimientos. Me agrían y me corroen. Quiero compadecerlos (porque sin duda ellos también son víctimas), pero no lo consigo. Me sacan lo peor de mí mismo, y pondré un breve ejemplo. Hace unos días, cuando se desató la infame represión contra los disidentes, y salieron a la luz los infiltrados, confundí un par de nombres. Por un momento pensé que uno de ellos era un periodista cuyos artículos yo disfrutaba bastante, por su humor y sensibilidad. Voy a decir los nombres que confundí, aunque me da vergüenza: Manuel David Orrio y Manuel Vázquez Portal. Más tarde, cuando vi en la lista de los sentenciados a Vázquez Portal, a quien condenaron a 18 años, sentí un alivio, porque ése era el autor de los artículos que me gustaban.

Quiero repetir esta palabra: alivio.

Repito: sentí alivio porque a un hombre a quien jamás he visto, cuyos artículos yo disfrutaba, lo condenaron a pasarse 18 años de su vida en la cárcel. Y ese alivio se debía a que él no era el chivato.

El alivio duró sólo un segundo. De inmediato me di cuenta de mi monstruosidad. Y pensé que de todos los crímenes y las injusticias que se han cometido y se siguen cometiendo en mi patria uno de los peores es el haber metido entre nosotros ese fantasma atroz del delator. Siempre presente. Derramando veneno. Causando paranoia donde debía imponerse la cordura. Instigando rencor donde debía crecer la comprensión. Alejando lo que debía estar cerca. Destruyendo la amistad y la fe.

Sólo por hacernos sufrir a los cubanos la vil enfermedad de la delación y de la desconfianza, desprecio y aborrezco al dictador de Cuba. ■

## Cristo nuevamente crucificado (Fragmentos)

*(Palabras finales de la homilía de José Conrado Rodríguez Alegre, Pbro. Párroco de Santa Teresita, Santiago de Cuba, 11 de abril, 2003, -5to Domingo de Cuaresma).*

(...) Promover la vida significa promover aquellos valores que la dignifican y la hacen valiosa, que la acercan al proyecto que Dios tiene reservado para sus hijos desde la creación del mundo. Todo hombre tiene derecho a esa vida. Derecho a la libertad y seguridad de su persona. Derecho a la libertad de pensamiento, conciencia y religión; derecho a la libertad de opinión y expresión, lo que incluye no ser molestado a causa de sus opiniones, el investigar y recibir informaciones y opiniones, y el difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión. Derecho a la libertad de reunión y de asociación pacíficas. Derecho a participar en el gobierno de su país, porque la voluntad del pueblo es la base de la autoridad del poder público. Toda persona tiene derecho, en condiciones de plena igualdad, a ser oída públicamente y con justicia por un tribunal independiente e imparcial, para la determinación de sus derechos y obligaciones o para el examen de cualquier acusación contra ella en materia penal. Estos son algunos de nuestros derechos. Nadie, persona o institución, nos los da, ni nos los puede quitar. Por eso son inalienables. Dios se los dio a todos sus hijos para que vivan en libertad y en fraternidad, sabiéndonos iguales en dignidad. Por eso, luchar porque estos derechos se respeten y se puedan cumplir, es una obligación que tiene todo ser humano ¡cuánto más un discípulo de

Jesús! La Carta Universal en la que se expresan estos derechos, dice en su artículo 30: «Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamados en esta Declaración». Mis queridos hermanos, en la semana recién pasada, a lo largo y ancho de la Isla, se ha estado juzgando a pacíficos defensores de los derechos humanos.

Se los ha acusado, y se ha pedido para ellos larguísimas condenas de prisión. Incluso, cadena perpetua. A sólo cuatro cuadras de nuestra Iglesia, en la audiencia provincial de Santiago de Cuba, se ha estado desarrollando uno de estos juicios. Si estos hombres y mujeres fueran condenados por el delito de defender los derechos humanos, para mí esta situación tiene un único calificativo: en Cuba hoy, Cristo está siendo crucificado de nuevo, en nuestros hermanos. ¡Cómo olvidar el diálogo entre Jesús y Pablo en el camino de Damasco, cuando éste se dirigía a perseguir a los cristianos: «¿Saulo, Saulo, por qué me persigues? —¿Y quién eres Señor? —Yo soy Jesús, a quien tú persigues!» (Hc 9.) No podemos permanecer indiferentes ante esta nueva «pasión del Señor». Cada cual que ocupe su puesto, al pie de la cruz, acompañando a Cristo, ayudándolo a cargar la cruz, o en el bando de los vociferantes y acusadores, siempre dispuestos a emplear sus violentas espadas. No hay opción. No nos han dejado opción. O con Cristo o contra Él. ■

## Cadena perpetua y pena de muerte en Cuba (Fragmentos)

*Oswaldo José Payá Sardiñas*

[*La Razón*, 12 DE ABRIL, 2003]

¿Donde están las balas, los explosivos, los planes subversivos, los mapas de espionaje o las informaciones clasificadas, un plan de secuestro o de terrorismo, dónde una petición de intervención, dónde se ha descubierto una conspiración con el llamado enemigo del norte, dónde una palabra de odio o una ofensa escrita? No encontraron nada de eso. ¿Qué encontraron?: algunas computadoras personales, algún equipo de fax, caricaturas de creadores independientes, libros prohibidos, documentos sobre el trabajo y la organización de las organizaciones pacíficas, (...) artículos de prensa, proyectos e ideas sobre los cambios pacíficos.

(...) ¿Quiénes son los detenidos?: líderes que promueven el sindicalismo libre, intelectuales que se atreven a decir lo que piensan y producen ideas libres, periodistas independientes, líderes de organizaciones que promueven los cambios pacíficos hacia la democracia y defienden los derechos humanos. (...) Es obvio que una de las causas de esta asonada de terror es el auge del Proyecto Varela entre los ciudadanos. Es esta pérdida de miedo la que hace reaccionar con pánico al régimen. También de esta manera pretenden deshacerse de relevantes figuras del periodismo y de la disidencia y desarticular todo el movimiento cívico dentro de Cuba. Apenas una semana después comenzaron los juicios, calificados por los instructores policiales de sumarísimos. Ninguno de los enjuiciados ha tenido las garantías de un debido proceso. Muchos se enteraron de la fecha del juicio menos de veinticuatro horas antes.

Los abogados no pudieron en su mayoría preparar una buena defensa. Se prohibió la entrada a los juicios a los amigos, a la prensa y a los diplomáticos. Sólo entraron uno o dos familiares cercanos al acusado, los testigos de la fiscalía y un público selecto que consistía en agentes del gobierno. Un gran despliegue de agentes de la Seguridad del Estado impedía que nos acercásemos, los que apoyábamos a nuestros hermanos injustamente juzgados, a los edificios de los tribunales.

(...) Elementos que presentó la fiscalía: testigos que difamaron sobre la moral y la conducta de los acusados, es decir delatores que no faltan en las tiranías. Agentes infiltrados como espías entre la disidencia, que ratificaron las ideas y expresiones que los acusados siempre han hecho públicamente. (...) Muchas afirmaciones sobre supuesta comisión de esos delitos, pero ninguna descripción sobre cómo se cometieron.

Hechos comprobados y pruebas relacionados con estas acusaciones presentadas: Ningunos (...) Esta situación creada en Cuba, dentro del estilo represivo de este régimen, es sumamente grave y peligrosa. (...) la descarga de odio contra la disidencia pacífica y la campaña nacional de represión evoca otras situaciones en la que los opositores, miles de ciudadanos, han sido encarcelados en situación de verdaderos rehenes. (...) Lo que ocurre es que cuando se trata de Cuba, los condicionamientos políticos e ideológicos y las imágenes estratificadas de la supuesta Isla de la Libertad enfrentada al gigante del Norte, impide a algunos ver a once millones de seres humanos sometidos a un régimen de no derecho, por una oligarquía que como todas defiende sus privilegios. Denunciamos este atentado contra la opción pacífica como vía para lograr el inevitable y justo cambio en nuestro país. Ahora que tantas voces se levantan contra la guerra, que nadie quiere, que una vez más nuestro pueblo no sea víctima del olvido y de la hemiplejía moral, quedando solo y recibiendo el silencio de los que en el mundo gritan por otras causas. Esperamos ahora la solidaridad sostenida por la liberación de LOS PRISIONEROS DE LA PRIMAVERA DE CUBA. Esta ola represiva es un intento definitivo por aniquilar el camino pacífico para el cambio y prepara al país para la confrontación y el caos como si esta fuera la única alternativa a este orden sin derechos. Esto se expresa en su consigna de «socialismo o muerte». Algo que debería ofender a los socialistas. Pero también es una sentencia de muerte. Los cubanos no queremos apoyo para hacer la guerra, ni el apoyo de la guerra, ni de intervenciones para lograr la democracia. Pero sí la solidaridad mundial para que no aplasten a los que construyen la paz y son los primeros en transitar el camino de la paz hacia la reconciliación y los derechos. ■

---

*Felipe González*

[AFP, MADRID, 12 DE ABRIL, 2003]

El ex Presidente del gobierno español, el socialista Felipe González, declaró: «Hay quienes detienen a la gente, la meten en prisión o ejecutan a seres humanos supuestamente en nombre de la revolución y sin garantías, y otros que lo hacen supuestamente en nombre de la libertad y sin garantías», comparando implícitamente a Fidel Castro con las fuerzas anglo-norteamericanas en Irak. ■

## Hasta aquí he llegado

*José Saramago*

[*El País*, 14 DE ABRIL, 2003]

Hasta aquí he llegado. Desde ahora en adelante Cuba seguirá su camino, yo me quedo. Disentir es un derecho que se encuentra y se encontrará inscrito con tinta invisible en todas las declaraciones de derechos humanos pasadas, presentes y futuras. Disentir es un acto irrenunciable de conciencia. Puede que disentir conduzca a la traición, pero eso siempre tiene que ser demostrado con pruebas irrefutables. No creo que se haya actuado sin dejar lugar a dudas en el juicio reciente de donde salieron condenados a penas desproporcionadas los cubanos disidentes. Y no se entiende que si hubo conspiración no haya sido expulsado ya el encargado de la Sección de Intereses de EE UU en La Habana, la otra parte de la conspiración.

Ahora llegan los fusilamientos. Secuestrar un barco o un avión es crimen severamente punible en cualquier país del mundo, pero no se condena a muerte a los secuestradores, sobre todo teniendo en cuenta que no hubo víctimas. Cuba no ha ganado ninguna heroica batalla fusilando a esos tres hombres, pero sí ha perdido mi confianza, ha dañado mis esperanzas, ha defraudado mis ilusiones. Hasta aquí he llegado. ■

## Castro, Bush, Sadam (Fragmentos)

*Eduardo Haro Tecglen*

[*El País*, 14 DE ABRIL, 2003]

(...) Castro ejerce un terrorismo de Estado al fusilar a tres disidentes, agravado por la indefensión en el juicio. (...) Yo desearía que Castro pactara la sustitución de su régimen (...) por un régimen de derecho de gentes; con un regreso de exiliados sin venganza ni pillaje. Su pueblo sufre por el bloqueo, y por el régimen; que no sufra por las reivindicaciones y el odio. ■

## Cuba

*Rosa Montero*

[*El País*, 15 DE ABRIL, 2003]

(...) creo que en el País Vasco todos los demócratas deberían unirse contra el horror de ETA, y también creo que la gente decente debería condenar de manera unánime el delirio tiránico de Castro.

En cuanto a la declaración de los «intelectuales cubanos» culpando a EE UU, me partiría de risa si no fuera tan trágico. Esos supuestos intelectuales son los dirigentes políticos de la UNEAC, la Unión de Escritores y Artistas, una organización obligatoria, como todo en el castrismo. Afiliados por narices a la Unión, los autores intentan aguantar el chaparrón de la dictadura; pero si se *portan mal* (y cualquier pensamiento propio es sospechoso), la UNEAC les expulsa, y ése es el comienzo del camino a la cárcel. He conversado con un par de expulsados: se quedan totalmente desamparados, no pueden publicar, no pueden hablar. No digo sus nombres porque el solo hecho de haber charlado conmigo podría costarles 20 años de prisión (las últimas condenas son por cosas así). ¿Qué viejo mito de falso paraíso progresista sigue

nublando las entendederas de tantos izquierdistas? Cuba es un infierno sin paliativos y estamos obligados a denunciarlo. ■

## Infidelidades

*Carlos Fuentes*

[*Reforma*, 16 DE ABRIL, 2003]

Yo llegué a La Habana el 2 de enero de 1959, acompañado de Fernando Benítez, Manuel Becerra Acosta y el editor Juan Grijalbo. Fidel Castro aún no entraba a la capital cubana. Avanzaba lentamente por la ruta de la victoria, desde Santiago, en jeep y acompañado de palomas amaestradas para posarse sobre sus hombros cuando peroraba. Interrumpía sus oraciones con la pregunta retórica, «¿Voy bien, Camilo?», alusión al segundo del tríptico de jefes de la Revolución de Sierra Maestra, Camilo Cienfuegos. El tercero, desde luego, era Ernesto «Che» Guevara.

Ese «¿Voy bien, Camilo?» no lo dirigía Castro tan sólo a su compañero de armas, sino a la sociedad cubana entera, que con la excepción de la camarilla batistiana, recibía a los jóvenes barbudos con júbilo desbordante. Todos esperaban de estos heroicos muchachos algo más que el derrocamiento de un tirano sangriento y corrupto. Acaso lo esperaban todo. Democracia política, libertad de expresión, libertad de asociación, economía mixta, fortalecimiento paralelo de la empresa y del Estado, diversificación productiva, educación, salud.

Acaso esperaban también —pueblo y gobierno revolucionarios— un gesto de amistad y comprensión del gobierno de los EE UU, presidido en ese momento por el general Dwight D. Eisenhower. Una de las primeras salidas de Fidel fue a Washington. «Ike» no lo recibió. Nixon le dio una fría mano en las escalinatas del Capitolio. Acostumbrados a quitar y poner dictadores en Centroamérica y el Caribe, los norteamericanos vieron con suspicacia a este inclasificable rebelde, rarísima avis en medio de los Trujillos, Somozas, Castillo Armas y Batistas de la región. Además —oh desconcierto— el rebelde cubano había sido denunciado como «burgués» por el partido comunista cubano, que sólo a última hora, debido a la jamás desmentida inteligencia de Carlos Rafael Rodríguez, le reconoció carácter revolucionario a los incontrolables rebeldes.

Castro lo tenía todo para hacer la patria libre prometida. No era el menor de sus apoyos el que le brindaba la comunidad artística e intelectual del mundo entero. De Jean Paul Sartre a C. Wright Mills, la *intelligentsia* mundial veía en Cuba la posibilidad de una renovación revolucionaria original, liberada de los dogmas y deformaciones impuestos por la tradición bizantina césaropapista a un marxismo que no nació pero sí murió en la Rusia ortodoxa (el Partido) y zarista (el Estado).

Acaso, en la Polinesia, esto hubiera sido posible. En Cuba, vecindad era fatalidad. Última colonia de España en América, junto con Puerto Rico, colonia de facto de los Estados Unidos durante y después de la Enmienda Platt que autorizaba a Washington a intervenir en los asuntos internos de la isla, Cuba, por primera vez, dejaba de ser colonia. Pero seguía siendo vecina. La época contó. En plena Guerra Fría, aunque con menos brutalidad maniquea que Bush, Washington también decía: «El que no está conmigo está contra mí». Pero si estar con «ellos» significaba someterse a ellos, Castro no se sometió e inició reformas que sólo podían ser vistas, en la Casa

Blanca de Eisenhower y su gobierno de magnates y halcones, como «filocomunistas». Como México de Carranza a Cárdenas, Castro nacionalizó, expropió pero, al contrario de México, no negoció. La escalada de enfrentamientos con Washington condujo a la ruptura de relaciones en 1961. En vez de fortalecer a la burguesía nacionalista, Castro le cerró las puertas internas y le abrió las del exilio: la pérdida de talentos y energías fue inmensa. La prensa fue sofocada. Los partidos políticos, barridos. El poder se consolidó en torno al Movimiento 26 de Julio y se inició la ronda fatal de la escalada entre la isla y los EE UU. A mayor agresión norteamericana, mayor dictadura cubana. A mayor dictadura cubana, mayor agresión norteamericana.

A pesar de estas tensiones, Cuba realizaba grandes avances en educación y salud. Poseía, además, las armas de David contra Goliat: la resortera de la dignidad, la grandeza del pequeño contra el grande. La operación de Bahía de Cochinos, planeada hasta sus límites por el gobierno de Eisenhower y heredada con fatal inercia por el de Kennedy, resultó un fiasco para las fuerzas cubanas invasoras sin apoyo logístico norteamericano. Playa Girón culminó el prestigio de Cuba como vanguardia de la independencia latinoamericana. En Punta del Este, sucesivamente, Ernesto Guevara y Raúl Roa le dieron contenido moral y diplomático a la dignidad de toda la América Latina. ¿Cómo estar contra la Revolución Cubana?

Pero algo estaba podrido en este reino de Dinamarca. La creciente intolerancia interna en nombre de la seguridad del Estado pronto se convirtió en creciente dependencia externa respecto a la opción que la Guerra Fría siempre le ofreció al Tercer Mundo: el poder soviético. La crisis de los misiles en 1962 estuvo a punto de desencadenar la tercera y última guerra mundial. Sólo la firmeza y habilidad de Kennedy para someter, parejamente, a su propio *establishment* militar y al aventurero Nikita Kruschev, nos salvó de la catástrofe. Pero, para Castro, la suerte estaba echada. «Nikita, mariquita, lo que se da no se quita», no pasó de ser un *slogan*. El apoyo de Castro a la invasión soviética de Checoslovaquia cerró de una vez por todas el pacto: Cuba, de serlo de España y de los Estados Unidos, pasó a ser, si no colonia, seguramente Estado cliente, «satélite» de la URSS en las Américas. Si Turquía era la avanzada occidental de los EE UU, Cuba sería el límite oriental de la URSS.

La intolerancia, la persecución de disidentes, «patria o muerte», acaso habrían sido tolerables si a la retórica revolucionaria se hubiese añadido un mínimo de eficiencia económica. No fue así. La economía revolucionaria se inició en el desastre y terminó en el desastre. Las enormes fuerzas productivas de Cuba —capital humano vasto e inteligente, buenas cabezas económicas, riquezas inexploradas, tierras fértiles— fueron sacrificadas a dogmas exóticos y estúpidos. La reforma agraria, encabezada en sus inicios por un hombre inteligente y patriota, Núñez Jiménez, terminó en una contradicción: en nombre de un «igualitarismo» chiflado, se privó a las ciudades del producto del campo y el campesino, sin incentivos, dejó de producir: perdieron el campo y la ciudad. Los grandiosos proyectos de industrialización a la soviética llenaron a Cuba de vieja maquinaria rusa, no sólo anticuada, sino inapropiada para el trópico. No tuvo lugar la diversificación industrial. Murió, en aras del dogma, el pequeño comercio, el restorán, la tienda familiar. La riqueza pesquera no fue aprovechada. La riqueza petrolera no estaba allí. El níquel es sólo el nombre de una moneda gringa de cinco centavos. Quedaba, como siempre, el azúcar.

A medio siglo del triunfo de la Revolución, Cuba sigue siendo una nación dependiente. Pero como ya no cuenta con el subsidio soviético, debe recurrir al subsidio batistiano: el turismo y la prostitución. Los males se le achacan al embargo norteamericano. Pero Cuba ha contado con un subsidio anual de miles de millones de dólares de la URSS y, ahora, con la confianza de inversionistas europeos que se apresuran a llenar los espacios económicos posibles del poscastrismo, con visible enojo de las corporaciones norteamericanas y a pesar de los dos actos legislativos más estúpidos y arrogantes de los EE UU hacia Cuba. La Ley Helms-Burton, que penaliza al inversionista extranjero en tanto Cuba no regrese bienes expropiados a los EE UU —ley que la Gran Bretaña bien podría aplicar contra los EE UU por la expropiación de bienes ingleses durante y después de la guerra de independencia—. Y el embargo comercial que daña a los EE UU más que a Cuba, pues le da a Castro el pretexto perfecto para excusar su propia ineficiencia administrativa. No le han faltado buenos consejos a Castro. Basta señalar las recomendaciones de Carlos Solchaga durante el gobierno de Felipe González en España: un plan excelente de equilibrio entre principios socialistas y prácticas eficientes, más que capitalismo autoritario al estilo chino.

Se puede sospechar por ello que Fidel Castro necesita a su enemigo norteamericano para excusar sus propios fracasos, para mantener el apoyo popular y patriótico contra el imperialismo yanqui y, acaso, para preparar su propia salida del mundo en medio de una Numancia en llamas en la que mueran con él —patria o muerte— millones de cubanos. El hecho es que cada vez que un presidente norteamericano —Carter, Clinton— manda una paloma exploradora de paz a Cuba, Fidel se encarga de abatirla a tiros. Fidel, pues, necesita a su ogro americano. Y en George W. Bush, lo tiene como si Hollywood se lo hubiese enviado para la película sin fin de la oposición Cuba-EE UU. Pues George W. Bush, emisario evangélico del Bien con B mayor, necesita villanos para su gran superproducción «El Eje del Mal» que si se inició en Irak, no tardará en extenderse a Siria, a Líbano, a Libia, a Corea del Norte y, en las Américas, a Cuba.

Castro, por su parte, escoge el momento más álgido de las relaciones internacionales desde el fin de la Guerra Fría para encarcelar a setenta y cinco disidentes y condenarlos a mil quinientos años de prisión. Va más lejos: Ejecuta sumariamente a tres autoexiliados que secuestraron una nave para huir de Cuba.

«Hasta aquí he llegado» dice en una honesta y candente declaración José Saramago, solidario de siempre con la Revolución Cubana. Yo mantengo la línea que me impuse desde que, en 1966, la burocracia literaria cubana, manipulada por Roberto Fernández Retamar para apresurar su ascenso burocrático y hacer olvidar su pasado derechista, nos denunció a Pablo Neruda y a mí por asistir a un Congreso del PEN Club internacional presidido a la sazón por Arthur Miller. Gracias a Miller, entraron por primera vez a los EE UU escritores soviéticos y de la Europa central para dialogar con sus contrapartes occidentales. Neruda y yo declaramos que esto comprobaba que en el terreno literario la Guerra Fría era superable. La larga lista de escritores cubanos compilada por Fernández Retamar nos acusaba de sucumbir ante el enemigo. El problema, nos ensañaba, no era la Guerra Fría sino la lucha de clases y nosotros habíamos sucumbido a las seducciones del enemigo clasista.

No fueron tan débiles razones las que nos indignaron a Neruda y a mí, sino el hecho de que el Zhdanov Retamar hubiese incluido en la lista, sin consultarles

siquiera, a amigos nuestros como Alejo Carpentier y José Lezama Lima. A este hecho se fueron añadiendo otros que claramente arrogaban para Cuba el derecho de decirles a los escritores latinoamericanos a dónde ir, a dónde no ir, qué decir y qué escribir. Neruda se carcajeó de «El Sargento» Retamar, yo lo incluí en mi novela Cristóbal Nonato como «El Sargento del Tamal» y mantuve la posición que conservo hasta el día de hoy:

En contra de la política abusiva e imperial de los EE UU contra Cuba.

Y en contra de la política abusiva y totalitaria del gobierno de Cuba contra sus propios ciudadanos.

Soy mexicano y no puedo desear para mi país ni el *diktat* de Washington acerca de cómo conducir nuestra política exterior, ni el ejemplo cubano de una dictadura sofocante, sin prensa, opinión, disidencia o asociación libres.

Felicito a Saramago por pintar su raya. Esta es la mía: contra Bush y contra Castro. ■

## Castigo y crimen (Fragmentos)

*Juan Goytisolo*

[*El País*, 16 DE ABRIL, 2003]

Mi aversión a Fidel Castro es comparable a la que suscitaba en mí Sadam Hussein. Uno y otro encarnan lo peor del tradicional caudillismo árabe e hispano: control absoluto del poder, opresión, demagogia populista, supresión implacable de toda forma de disidencia, juicios sumarios de corte estaliniano... Si el primero no ha llegado a emplear gases tóxicos contra su propia población no ha sido por razones humanitarias, sino porque no necesita llegar a tal extremo: su mano de hierro es el arma disuasoria suprema.

Ahora bien, si para castigar la tiranía de Castro y su violación de los derechos humanos por espacio de más de cuatro décadas, el Gobierno de Bush organizara un ejército de invasión de 300.000 soldados, arrojara millares y millares de misiles, bombas *inteligentes* y de racimo sobre la desdichada población cubana, destruyese o dañara gravemente La Habana, Santiago y Cienfuegos, y acabara con la vida de incontables civiles inocentes, mis sentimientos de horror e indignación —y los de toda la comunidad hispánica de naciones— habrían sido idénticos a los experimentados estas últimas semanas durante el desarrollo triunfal de la Operación Libertad para Irak. Castigar a todo un pueblo por los crímenes de su dictador repugna a la conciencia civilizada del mundo. Sobre todo cuando los argumentos invocados para la «misión redentora» son totalmente falsos. ■

## Y yo me quedo contigo, Saramago

*Juan Echanove*

[*El País*, 18 DE ABRIL, 2003]

Considero inaceptable y condenable..., y por ello no acepto y condeno tajantemente la represión y las condenas a muerte llevadas a cabo por Fidel Castro.

Del mismo modo, considero inaceptable y condenable, y por ello no acepto y condeno tajantemente, el bloqueo económico que Cuba lleva sufriendo desde hace ya muchos..., demasiados años.

Todos o casi todos los regímenes políticos encabezados por cúpulas militares... en el final de sus trayectorias gustan de asombrar al mundo, de dejarnos literalmente absortos con sus últimos y desesperados coletazos de destrucción y barbarie.

Cuba necesita hoy más que nunca intuir un futuro de transición e integración, basado en la independencia y en la no injerencia de países vecinos.

Éstas últimas condenas a muerte hoy me recuerdan a los últimos fusilamientos del régimen de Franco en 1975. Disentir es un derecho irrenunciable, y garantizarlo es un deber de todo Estado libre. Matar es una muestra de extrema debilidad. Cuando un régimen mata..., sus días están contados. Pero no olvidemos que detrás de esta trágica cortina color verde olivo está el sufrimiento de mucha gente..., que detrás de todas las cortinas color verde olivo del mundo están la desigualdad, la pobreza, la injusticia, los bloqueos...

Sería horroroso comprobar que alguno de los Estados soberanos que patrocinan, o copatrocinan, intervenciones militares en países ajenos vieran en Cuba un nuevo *teatrito de operaciones*.

¡No a la guerra! ¡No a la violencia de ETA! ¡No a la represión del régimen de Castro! ■

## Cuba duele

*Eduardo Galeano*

[*La Jornada*, 18 DE ABRIL, 2003]

Las prisiones y los fusilamientos en Cuba son muy buenas noticias para el superpoder universal, que está loco de ganas de sacarse de la garganta esta porfiada espina. Son muy malas noticias, en cambio, noticias tristes que mucho duelen, para quienes creemos que es admirable la valentía de ese país chiquito y tan capaz de grandeza, pero también creemos que la libertad y la justicia marchan juntas o no marchan.

Tiempo de muy malas noticias: por si teníamos poco con la alevosa impunidad de la carnicería de Irak, el gobierno cubano comete estos actos que, como diría don Carlos Quijano, «pecan contra la esperanza».

Rosa Luxemburg, que dio la vida por la revolución socialista, discrepaba con Lenin en el proyecto de una nueva sociedad. Ella escribió palabras proféticas sobre lo que no quería. Fue asesinada en Alemania, hace 85 años, pero sigue teniendo razón: «La libertad sólo para los partidarios del gobierno, sólo para los miembros de un partido, por numerosos que ellos sean, no es libertad. La libertad es siempre libertad para el que piensa diferente». Y también: «Sin elecciones generales, sin una libertad de prensa y una libertad de reunión ilimitadas, sin una lucha de opiniones libres, la vida vegeta y se marchita en todas las instituciones públicas, y la burocracia llega a ser el único elemento activo».

El siglo xx, y lo que va del xxi, han dado testimonio de una doble traición al socialismo: la claudicación de la socialdemocracia, que en nuestros días ha llegado al colmo con el sargento Tony Blair, y el desastre de los estados comunistas convertidos en estados policiales. Muchos de esos estados se han desmoronado ya, sin pena ni gloria, y sus burócratas reciclados sirven al nuevo amo con patético entusiasmo.

La revolución cubana nació para ser diferente. Sometida a un acoso imperial incesante, sobrevivió como pudo y no como quiso. Mucho se sacrificó ese pueblo, valiente y

generoso, para seguir estando de pie en un mundo lleno de agachados. Pero en el duro camino que recorrió en tantos años, la revolución ha ido perdiendo el viento de espontaneidad y de frescura que desde el principio la empujó. Lo digo con dolor. Cuba duele.

La mala conciencia no me enreda la lengua para repetir lo que ya he dicho, dentro y fuera de la isla: no creo, nunca creí, en la democracia del partido único (tampoco en Estados Unidos, donde hay un partido único disfrazado de dos), ni creo que la omnipotencia del Estado sea la respuesta a la omnipotencia del mercado.

Las largas condenas a prisión son, creo, goles en contra. Convierten en mártires de la libertad de expresión a unos grupos que abiertamente operaban desde la casa de James Cason, el representante de los intereses de Bush en La Habana. Tan lejos había llegado la pasión libertadora de Cason que él mismo fundó la rama juvenil del Partido Liberal Cubano, con la delicadeza y el pudor que caracterizan a su jefe.

Actuando como si esos grupos fueran una grave amenaza, las autoridades cubanas les han rendido homenaje, y les han regalado el prestigio que las palabras adquieren cuando están prohibidas.

Esta «oposición democrática» no tiene nada que ver con las genuinas expectativas de los cubanos honestos. Si la revolución no le hubiera hecho el favor de reprimirla, y si en Cuba hubiera plena libertad de prensa y de opinión, esta presunta disidencia se descalificaría a sí misma. Y recibiría el castigo que merece, el castigo de la soledad, por su notoria nostalgia de los tiempos coloniales en un país que ha elegido el camino de la dignidad nacional.

Estados Unidos, incansable fábrica de dictaduras en el mundo, no tiene autoridad moral para dar lecciones de democracia a nadie. Sí podría dar lecciones de pena de muerte el presidente Bush, que siendo gobernador de Texas se proclamó campeón del crimen de Estado firmando 152 ejecuciones. Pero las revoluciones de verdad, las que se hacen desde abajo y desde adentro como se hizo la revolución cubana, ¿necesitan aprender malas costumbres del enemigo que combaten? No tiene justificación la pena de muerte, se aplique donde se aplique.

¿Será Cuba la próxima presa en la cacería de países emprendida por el presidente Bush? Lo anunció su hermano Jeb, gobernador del estado de Florida, cuando dijo: «Ahora hay que mirar al vecindario», mientras la exiliada Zoe Valdés pedía a gritos, desde la televisión española, «que le metan un bombazo al dictador». El ministro de Defensa, o más bien de Ataques, Donald Rumsfeld, aclaró: «Por ahora, no».

Parece que el peligrosímetro y el culpómetro, las maquinillas que eligen víctimas en el tiro al blanco universal, apuntan, más bien, hacia Siria. Quién sabe. Como dice Rumsfeld: por ahora.

Creo en el sagrado derecho a la autodeterminación de los pueblos, en cualquier lugar y en cualquier tiempo. Puedo decirlo, sin que ninguna mosca me atormente la conciencia, porque también lo dije públicamente cada vez que ese derecho fue violado en nombre del socialismo, con aplausos de un vasto sector de la izquierda, como ocurrió, por ejemplo, cuando los tanques soviéticos entraron en Praga, en 1968, o cuando las tropas soviéticas invadieron Afganistán, a fines de 1979.

Son visibles, en Cuba, los signos de decadencia de un modelo de poder centralizado, que convierte en mérito revolucionario la obediencia a las órdenes que bajan, «bajó la orientación», desde las cumbres.

El bloqueo, y otras mil formas de agresión, bloquean el desarrollo de una democracia a la cubana, alimentan la militarización del poder y brindan coartadas a la rigidez burocrática. Los hechos demuestran que hoy es más difícil que nunca abrir una ciudadela que se ha ido cerrando a medida que ha sido obligada a defenderse. Pero los hechos también demuestran que la apertura democrática es, más que nunca, imprescindible. La revolución, que ha sido capaz de sobrevivir a las furias de 10 presidentes de Estados Unidos y de 20 directores de la CIA, necesita esa energía, energía de participación y de diversidad, para hacer frente a los duros tiempos que vienen.

Han de ser los cubanos, y sólo los cubanos, sin que nadie venga a meter mano desde afuera, quienes abran nuevos espacios democráticos, y conquisten las libertades que faltan, dentro de la revolución que ellos hicieron y desde lo más hondo de su tierra, que es la más solidaria que conozco. ■

---

*Mario Benedetti*

[20 DE ABRIL, 2003]

El escritor uruguayo Mario Benedetti declara al diario *La República* que «en este momento hay dos opiniones de gente respetable y progresista, uno es Saramago y otro (Eduardo) Galeano». «Me encuentro mucho más cerca de la posición de Galeano que de la de Saramago. Este es un hombre progresista pero europeo y desde Europa las cosas se ven diferentes que como las percibimos los latinoamericanos». Sobre las declaraciones de Saramago añadió que «puede tener razón en algunas cosas, sin embargo me parece (que) el problema no es como para borrarse totalmente del apoyo a Cuba». «Siempre he estado contra la pena de muerte, en cualquier país del mundo, por tanto estoy contra la pena de muerte en Cuba». «En alguna ocasión que pude hablar con Fidel Castro le dije mi opinión sobre el tema y agregué ‘si ustedes dejan de utilizar la pena de muerte como castigo posible, dejarían a EE UU completamente solo en el continente con la pena de muerte y sería una cosa de mucho efecto que beneficiaría a la revolución cubana’». «En los 79 procesados puede haber documentos, motivos como para que se los condene, pero lo que no puedo tragar son las tres ejecuciones. Pienso que por tantos años ahí en el poder, le debe ser difícil al propio Fidel Castro mantener la serenidad». ■

---

**Raúl Rivero: un compromiso con las agonías** (Fragmentos)

*Manuel Díaz Martínez*

[ABC, 26 DE ABRIL, 2003]

*Quieren que me maten el miedo y el dolor  
Pero Blanca y yo  
Tenemos compromisos  
Con otras agonías*

RAÚL RIVERO

Raúl Rivero Castañeda, ciudadano cubano, natural de Morón, provincia de Camagüey, de 57 años, poeta, Licenciado en Periodismo por la Universidad de La Habana,

periodista independiente. No pertenece al Partido Comunista de Cuba (el partido de Castro, no hay otro), ni a los Comités de Defensa de la Revolución (centros de espionaje por calles), ni a la Central de Trabajadores de Cuba (sindicato único, gobiernista), ni a las Brigadas de Respuesta Rápida (bandas parapoliciales armadas de garrotes), ni al Movimiento de Trabajadores de Avanzada (estajanovismo burocrático). No asiste a las Marchas del Pueblo Combatiente ni a las concentraciones en la Plaza de la Revolución convocadas por el Partido y sus «organizaciones de masas». Ha participado en «actos de repudio» (ordalías oficiales), pero siempre como repudiado. Además, escribe poemas como éste: «Ninguno de nuestros ministros es rico. / Ninguno tiene fincas, fábricas ni propiedades. / Ninguno tiene cuenta en los bancos de Suiza. / ¡Ni falta que les hace!»

El poeta Raúl Rivero creyó en la revolución. Creyó tanto, que a veces fue extremista. En sus poemas juveniles está, cantada con entusiasmo, con brillantez, y con la honestidad que siempre lo ha distinguido, su fe de entonces en la revolución. Como periodista, en el semanario cultural habanero *El Caimán Barbudo* y en la corresponsalía de Moscú de la agencia oficial cubana Prensa Latina empleó su enorme talento, muy bien dotado para la ironía y la sátira, en divulgar y defender los valores éticos humanistas y los principios políticos liberadores en que parecía apoyarse el movimiento revolucionario que le dio el poder a Fidel Castro en 1959. El deterioro de su fe, determinado por la metamorfosis de ese movimiento en una autocracia de corte estalinista, fue, como en tantos intelectuales cubanos —en mí mismo—, un proceso progresivo, inexorable y doloroso. Un proceso que en Rivero no desembocó en la apatía —algo difícilmente compatible con su personalidad—, sino en un disenso frontal y público, con todas las aciagas consecuencias que esto puede tener en la granja de los Hermanos Castro.

(...) En 1991, Cuba se internaba en una insondable crisis económica a la que el Gobierno le colgó el gongorino nombre de Período Especial en Tiempos de Paz. (...) Diez escritores cubanos suscribieron en La Habana, y dirigieron al Gobierno y al Partido, un documento en el que recomendaban la ejecución de algunas medidas prácticas, urgentes, encaminadas a paliar los rigores de la crisis. En dicho documento, titulado *Declaración de Intelectuales Cubanos*, más conocido como *Carta de los Diez*, también —por aquello de exigir lo imposible para ser realistas— se pedía a las autoridades, dada la alta tensión social existente en el país, la apertura de un diálogo cívico entre el Gobierno y todos los grupos de la oposición para acordar reformas económicas y políticas que liberaran a la sociedad de sus ataduras.

Entre las cinco primeras firmas que aparecen al pie de la *Carta* está la de Rivero.

Todos los que suscribimos la *Carta* conocíamos perfectamente el régimen bajo cuya férula vivíamos, de modo que estábamos seguros de que nuestros gobernantes reaccionarían mal —¿qué le íbamos a hacer?— ante ese insólito gesto de independencia, esa suerte de desacato político, mediante el cual les pedíamos públicamente unas reformas de las que no querían oír hablar y reconocíamos una oposición cuya existencia se negaban a admitir. Sabíamos que tomarían nuestro pliego de peticiones como una intolerable muestra de indisciplina, peligrosa por cuanto podía ser imitada. No dudábamos, pues, de que el régimen reaccionaría como reaccionan los totalitarismos frente a cualquier imprevisto que les descomponga el esquema establecido.

La primera respuesta a nuestra *Carta* tardó sólo horas y nos llegó en las páginas de *Granma*, periódico del comité central del Partido. Fue virulenta y amenazante. El

15 de junio, *Granma* publicó un extenso editorial titulado «Una nueva maniobra de la CIA», en el que se nos acusaba de ser «los herederos ideológicos del anexionismo» y, tal como el Gobierno repite ahora en los juicios a los opositores que está encarcelando, de traición y «abyecta colaboración con los enemigos históricos de la nación cubana». (...) La Unión Nacional de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) —cuyo presidente era Abel Enrique Prieto, actual ministro de Cultura de Castro— inmediatamente se incorporó, seguida de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC), a la caza de los diez de la *Carta* y publicó, también en *Granma*, un «Pronunciamiento» en el cual se nos describía como «ejecutores de una operación enemiga» y se afirmaba que, «mediante el ejercicio de la traición», intentábamos fabricarnos «un expediente fuera de Cuba». (...)

En aquella oportunidad, ni Rivero ni ninguno de los otros signatarios de la *Carta* fue a prisión. Para algunos —María Elena Cruz Varela, Jorge Pomar y Fernando Velázquez Medina, y ahora Rivero—, las prisiones se abrieron después. Sin embargo, todos sufrimos algún tipo de castigo. A Cruz Varela y a mí nos echaron de la UNEAC. La UPEC expulsó a Rivero y la UNEAC lo repudió. Quizás de esta época datan estos versos de nuestro poeta: «Acaban de avisarme que he muerto. / Lo anunció entre líneas la prensa oficial».

(...) Raúl Rivero es el único de los diez de la *Carta* que se quedó en Cuba. Se quedó, como dice en los versos que encabezan estas páginas, acosado por el miedo y el dolor, pero atendiendo sus «compromisos con otras agonías».

Su principal compromiso fue con la agonía de abrirle espacio a la libertad de expresión e información en un país donde existen leyes que transforman diabólicamente estas libertades en delitos castigados con saña —delitos con títulos entre truculentos y esperpénticos como «propaganda enemiga» y «desacato a la figura del jefe del Estado»— y donde sólo es permitida, sin excepción alguna, la prensa controlada por el Gobierno.

(...) El paso más arriesgado de Raúl Rivero en el ejercicio del periodismo independiente fue fundar, en 1995, la agencia Cuba Press. Ilegal por fuerza —no olvidar que la legislación castrista proscribía la existencia de prensa autónoma—, Cuba Press se proponía desvelar la realidad de Cuba, ésa que los periódicos, la radio y la televisión nacionales, desaguaderos de la propaganda gubernamental, maquillan, mutilan u ocultan. No me parece aventurado afirmar que Cuba Press sirvió de estímulo y pauta a las numerosas agencias que surgieron después de ella a lo largo de la isla. Esta red de minúsculas agencias informativas ha actuado como canal difusor del mensaje de la oposición interna, que es pacífica, y de los grupos de defensa de los derechos humanos. Por supuesto, las noticias, los reportajes, las crónicas y los comentarios de opinión producidos por los periodistas independientes sólo podían publicarse en el extranjero. Esta situación experimentó un cambio modesto con la aparición en la isla de la revista *De Cuba*, de la que Raúl Rivero era asesor. *De Cuba* publicó sólo dos números y ha sido clausurada.

(...) En la práctica del periodismo independiente, Rivero ha demostrado ser uno de los grandes articulistas que ha dado Cuba, que es un país de grandes articulistas. Ni las persecuciones, ni las difíciles condiciones de vida y trabajo en que se ha desenvuelto, han empañado el brillo ni han mermado el vigor de su creatividad. Es

como si las agresiones y las mezquindades, al estimular su rebeldía, potenciaran su talento. Nada ha impedido que sus artículos sean modelos de prosa bien hecha, incluso bella, y de originalidad y lucidez en el tratamiento de los temas.

Lo mejor del Rivero prosista son sus crónicas de la actualidad nacional. Revitalizan en clave moderna la gracia y la agudeza del mejor costumbrismo cubano. En ellas, con su humor tan criollo, con esa ironía suya que en ocasiones estalla en un sarcasmo espectacular, con el mismo asordinado sentimentalismo que atraviesa sus versos, Rivero nos ha dado una visión facetada y al mismo tiempo integradora, a base de viñetas que son como fotogramas de un filme interminable, de la realidad cubana. Estas crónicas nos llevan a la calle, nos acercan a la gente. Y dan testimonio del surrealismo cotidiano que se vive en la isla.

### *Escribir sin mandato*

Raúl Rivero es uno de los mayores poetas cubanos del siglo xx. Cáustico y emotivo, ajeno a intelectualismos y oscuridades, ha hecho de su poesía un idioma transparente y travieso para hablar de la vida. De ello dan fe los diez libros que ha publicado, desde *Papel de hombre*, de 1968, y *Poesía sobre la tierra*, de 1970 (ambos premiados por la UNEAC que hoy acata servilmente su encarcelamiento), hasta el último, *Recuerdos olvidados*, todavía inédito. Éste escapó de la requisa policial y podría publicarse en España.

Las dictaduras suelen atragantarse con los poetas. Por supuesto, con los que, como ha dicho Rivero, escriben sin mandato. Hasta su lecho de muerte persiguieron a Franco los fantasmas de García Lorca y Miguel Hernández. Stalin, que no temía a los poetas porque, como el Papa, no tienen ejércitos —*sancta simplicitas!*—, no pudo librarse de los fantasmas de Babel y Mandelstam. Su primer revés político lo sufrió Fidel Castro cuando tropezó con Heberto Padilla —con cuyo fantasma no cesa de tropezar—, y ahora, desde su celda, Raúl Rivero le está infligiendo otra derrota, probablemente la definitiva. Para las dictaduras, el problema es, precisamente, que los poetas, los pensadores, los artistas no tienen ejércitos. ¡Ni falta que les hacen!

De un artículo de Raúl Rivero son estas líneas: «para los insultos de los oscuros funcionarios del periodismo oficial, las llamadas amenazadoras a mi casa, para el sobresalto de cada día yo tengo —me doy cuenta cuando me quedo solo con mi máquina— el regocijo de saberme libre». Contra este regocijo ha lanzado Fidel Castro sus policías, sus jueces, sus soplones y sus aterrados escribas. ¡Qué pérdida de tiempo! ■

## **Declaración de la Fundación Internacional para la Libertad, leída en la manifestación de condena a la represión en Cuba, celebrada en la Puerta del Sol**

[MADRID, 26 DE ABRIL, 2003]

El gobierno cubano ha vuelto a encarcelar a miembros de la oposición democrática. También ha vuelto a fusilar. No son medidas excepcionales. Lo viene haciendo desde hace más de cuatro décadas. En esta oportunidad son casi ochenta disidentes

pacíficos, y si ahora hay algo diferente, sólo son las desmesuradas penas impuestas a los acusados: veintiocho años, veinticinco, veinte, y un obscuro etcétera que culminó con el anuncio, el pasado 11 de abril, de los fusilamientos de tres jóvenes que, de forma incruenta, habían intentado secuestrar una lancha para trasladarse a Estados Unidos.

Las víctimas condenadas a prisión esta vez son intelectuales, periodistas y bibliotecarios independientes, economistas, líderes cívicos o sindicales de embrionarios partidos políticos, y personas que solicitaban un referéndum para cambiar el destino de Cuba por vías electorales permitidas por la constitución nacional. Uno de los condenados es el periodista Raúl Rivero, poeta notable: lo sentenciaron a veinte años de cárcel.

¿Por qué la dictadura cubana ha elegido actuar de una manera tan brutal y tan desafiante en el terreno internacional? En esencia, porque se trata de un régimen totalitario que no les permite a los cubanos ningún vestigio de libertad o autonomía, y el dictador, dueño y señor de la voluntad de todos sus vasallos, veía con preocupación la creciente revitalización de una sociedad civil que intentaba escapar a su control.

Castro, sencillamente, quiso dar un escarmiento. Quiso castigar a los opositores e intimidar al conjunto de la población. Es lo que ha hecho siempre. Frente a estos sucesos, es vital que los demócratas del mundo entero manifiesten su condena vigorosa a la represión castrista, pero, por solidaridad y respeto con el pueblo cubano, hay que ir más allá.

Después de más de cuarenta y cuatro años de tiranía —la más larga de la historia de América Latina—, agotadas todas las vías de la persuasión racional, y tras decenas de diversos intentos internacionales encaminados a buscar formas de disminuir el rigor de ese régimen, es fundamental, como castigo, que los gobiernos democráticos tomen la decisión de reducir sustancialmente la presencia diplomática de la dictadura en sus países, y expulsen al gobierno cubano de todos los organismos internacionales donde toma asiento, como las Cumbres Iberoamericanas, el Parlamento Latinoamericano, el Acuerdo de Cotonou, o cualquier institución en la que su presencia se convierta en una embarazosa vergüenza colectiva.

Repitamos frente a la dictadura cubana lo que en su momento el mundo llevó a cabo con gran eficacia frente al régimen racista de Sudáfrica. Hay que pasar a la acción. ■

---

### *Fidel Castro*

[*El Mundo*, 26 DE ABRIL, 2003]

En una comparecencia ofrecida en La Habana, Fidel Castro, afirma: «Felipe González, que tanto nos ha atacado en estos días, era el jefe del Gobierno español cuando decenas de etarras fueron ejecutados extrajudicialmente. Decir que no conocía nada era una declaración de tonto o cínica». ■

---

### *Susan Sontag*

[27 DE ABRIL, 2003]

La escritora estadounidense Susan Sontag declara en Bogotá: «Admiro a García Márquez como un gran escritor, pero no me parece correcto que guarde silencio ante lo

que está ocurriendo en Cuba». «Algunos escritores eligen entrar en la arena pública y no quedan bien parados. García Márquez, por ejemplo, me parece un gran escritor, pero no estoy de acuerdo con sus planteamientos políticos. Lo importante no es juzgar a los escritores por lo que dicen, sino saber que eso no necesariamente es verdad». Y añadió que «lo más relevante para un intelectual es tener integridad». ■

## Democracia sobre las ruinas (Fragmentos)

*Mario Vargas Llosa*

[*El País*, 27 DE ABRIL, 2003]

Aprovechando el ruido y la furia de la guerra de Irak, Fidel Castro asestó, con la brutalidad a la que tiene acostumbrado al mundo desde hace 44 años, un nuevo escarmiento preventivo al pueblo cubano a fin de que descarte de una vez por todas cualquier ilusión de una pronta y pacífica democratización del régimen. En menos de una semana, cerca de ochenta disidentes fueron arrestados, juzgados y condenados a penas desmesuradas —que incluían la cadena perpetua— y tres cubanos que secuestraron un barco con la intención de escapar a los Estados Unidos fueron fusilados luego de una mascarada de proceso, perpetrado en secreto y a velocidad astronáutica. La Comisión de Derechos Humanos de la ONU —¡que preside Libia!— aprobó una linfática amonestación a la dictadura castrista, presentada por Perú y Uruguay, pidiendo a La Habana que permitiera la visita de un funcionario de la organización para investigar los hechos, en tanto que rechazaba la condena formal de aquellos crímenes que propuso Costa Rica. El apogeo de la indignidad latinoamericana lo alcanzó esta vez el presidente argentino, Duhalde, explicando que su Gobierno se negaba a censurar a Castro por estos abusos «en razón del embargo norteamericano».

Sin embargo, pese a la pusilanimidad de los Gobiernos de América Latina, las protestas contra lo ocurrido en Cuba han tenido una amplitud sin precedentes en el mundo entero, y, por primera vez, algunas de ellas han venido de defensores a ultranza del régimen castrista como varios partidos comunistas europeos e intelectuales —José Saramago y Eduardo Galeano entre ellos— que habían guardado silencio ante, o aprobado, anteriores fechorías de Castro. ¿Calculó mal su movida el dictador cubano? Probablemente, no. Él ha tenido siempre muy claras sus prioridades, a la cabeza de las cuales está asegurar el absoluto sometimiento de la población a su autoridad, mediante la manipulación informativa, la demagogia, el soborno y el terror. En los últimos tiempos, la disidencia había conseguido, jugando dentro de las reglas de juego constitucionales establecidas por la propia dictadura, algo que sorprendió a la opinión pública mundial y sin duda hizo correr un mayúsculo escalofrío al propio Castro: más de once mil cubanos se adhirieron con nombre y apellido y sus carnets de identidad al Proyecto Varela, que pedía una consulta al pueblo cubano para averiguar si quería mantener el régimen actual o democratizarlo. Desde que leí esa extraordinaria manifestación, poco menos que suicida, de esos once mil valientes, yo me preguntaba cuánto tardaría y en qué sangrienta mojjanga se traduciría el castigo del régimen a quienes osaban desafiarlo de esa pacífica manera. Ahora ya lo sabemos. Y sabemos también que esa dictadura declinante y putrefacta, antes de desaparecer, dará algunos coletazos todavía, añadiendo sufrimiento e

ignominia a ese desdichado país al que ha cabido el triste privilegio de padecer el más largo régimen autoritario de toda la historia latinoamericana.

Pero sobre lo que no cabe la menor duda es que se halla en el tramo final de su existencia y que no sobrevivirá un minuto a la muerte de Fidel Castro y que la sucederá, no otra dictadura, sino una democracia a la que, algunos a regañadientes y la inmensa mayoría con una explosión de entusiasmo, apoyarán todos los cubanos. Nadie que esté en su sano juicio duda de que, pese a la tabla rasa de la débil tradición de legalidad y libertad que hizo la Revolución hace cuatro décadas, en el suelo cubano puede germinar una institucionalidad democrática y un sistema de coexistencia en la diversidad semejante al que (con la excepción de Venezuela) existe ahora en el resto de América Latina. Será una democracia muy imperfecta al principio, desde luego, pero nada impide que pronto alcance los elevados niveles de representatividad y funcionalidad que tiene en países como Chile o Costa Rica. ■

---

### *Gabriel García Márquez*

[29 DE ABRIL, 2003]

Gabriel García Márquez, en respuesta a Susan Sontag, aclara al diario *El Tiempo*, de Bogotá: «Yo mismo no podría calcular la cantidad de presos, de disidentes y de conspiradores que he ayudado, en absoluto silencio, a salir de la cárcel o a emigrar de Cuba en no menos de veinte años». «Muchos de ellos no lo saben, y con los que lo saben me basta para la tranquilidad de mi conciencia. En cuanto a la pena de muerte, no tengo nada que añadir a lo que he dicho en privado y en público desde que tengo memoria: estoy en contra de ella en cualquier lugar, motivo o circunstancia. Nada más, pues tengo por norma no contestar preguntas innecesarias o provocadoras, así provengan —como en este caso— de una persona tan meritoria y respetable».

[30 DE ABRIL, 2003]

En un corto mensaje publicado en primera página por el diario *La Jornada*, de México, García Márquez puntualiza: «Algunos medios de comunicación están manipulando y tergiversando mi respuesta a Susan Sontag, para que parezca contraria a la revolución cubana». «Este es un indicio más de que las muchas declaraciones sobre la situación cubana —aun de buena fe— pueden estar aportando y aun magnificando datos que los Estados Unidos necesitan para justificar una invasión a Cuba». ■

---

### Gabo en su laberinto

#### *Enrique Krauze*

[*Reforma*, 4 DE MAYO, 2003]

(Gabriel García Márquez) «reiteró un viejo argumento suyo, justificatorio de su relación personal con Castro: «no podría calcular la cantidad de presos, de disidentes y conspiradores, que he ayudado, en absoluto silencio, a salir de la cárcel o a emigrar de Cuba en no menos de 20 años». Pero uno se pregunta, ¿por qué los habría ayudado García Márquez a salir de Cuba si no es porque consideraba injusto su encarcelamiento?

Y si lo consideraba injusto (tanto como para abogar por ellos), ¿por qué sigue respaldando públicamente a un régimen que comete esas injusticias? ¿No hubiera sido más valioso denunciar públicamente el injusto encarcelamiento de esos «presos, disidentes y opositores» y así contribuir a acabar con el sistema carcelario cubano?

(...) «En lo personal, creo que su obra de ficción es tan poderosa y original, que sobrevivirá a las extrañas fidelidades del hombre que la escribió, igual que la obra de Celine sobrevivió a su pasión por los nazis o la de Pound a su admiración por Mussolini. Pero sería un acto de justicia poética el que, en el otoño de su vida y el cenit de su gloria, se deslindara de Fidel Castro y pusiera su prestigio al servicio de la libertad, la democracia y los derechos humanos en Cuba. Aunque tal vez sea imposible. Esas cosas inverosímiles sólo pasan en las novelas de García Márquez». ■

## Lastimoso

*Rosa Montero*

[*El País*, 6 DE MAYO, 2003]

(...) ahora tenemos a los partidos arrojándose unos a otros la ensangrentada pelota de Cuba, como apuntaba Lindo el otro día. Un caso tan evidente de injusticia, una dictadura tan lacerante, y aun así los partidos se ponen tiquismiquis. No, no creo que, cuando se defiende la libertad en Cuba, haya que criticar a los que estuvieron contra la guerra de Irak, y me parece lamentable (porque diluye la gravedad de la dictadura cubana) que para condenar el castrismo haya que atacar a la vez a Estados Unidos. Esas coletillas tan redichas («condeno, pero...») son como bufandas con los colores del equipo, para que no te confundan con el bando contrario. Qué lastimoso falta de pensamiento político.

Es como la respuesta de García Márquez a Sontag. El escritor expresa tan sólo su rechazo a la pena de muerte (¿pero por qué no habla de la represión social, de las feroces condenas por el simple hecho de opinar?), y sobre todo añade: «Yo mismo no puedo calcular la cantidad de presos, de disidentes y de conspiradores que he ayudado, en absoluto silencio, a salir de la cárcel o a emigrar de Cuba en no menos 20 años». Aparte de ese «conspiradores», tan elocuente en alguien que vive de la precisión verbal, el párrafo me ha dejado estupefacta. Ah, pero, ¿entonces lo sabía? ¿Entonces no era un dogmático a quien los prejuicios impedían ver la realidad cubana, sino que sabía que se detenía, que se maltrataba, que se encarcelaba injustamente? ¿Y a pesar de eso siguió —y sigue— defendiendo al régimen y al dictador con ardiente pasión durante tantos años? Por qué me producirá tanta pena todo esto. ■

*Sergio Ramírez*

[7 DE MAYO, 2003]

En Montevideo, según AFP, el escritor y ex ministro nicaragüense Sergio Ramírez expresó: «La izquierda que se siente defensora de oficio del gobierno de Cuba, yerre o no yerre, ya empieza a tratar de acallar a todos los que sienten sublevada su conciencia ante estos hechos deplorables». El escritor criticó el argumento de la izquierda de «que se trata del derecho a la legítima defensa frente a los preludios de una

agresión, y que cualquier voz en contrario le hace el juego al imperialismo» (...) «Es un viejo discurso que sólo hace honor a los viejos preceptos escolásticos». (...) «la posición pública de José Saramago, por el contrario, siempre indeclinable en asuntos de principio, viene a decirnos que la lucidez crítica debe ser un atributo del pensamiento de izquierda». (...) «no se puede guardar silencio bajo razones de alineamientos estratégicos» (...) «cuando se llega a aceptar que todo el que piensa diferente es un enemigo, y todo el que imprime una hoja volante en un mimeógrafo viejo es un delincuente, y que la falta de libertad de expresión total es el adorno de un sistema político, más bien que un defecto capital de ese sistema, porque se trata de un sistema 'diferente', se está entonces dispuesto a justificarlo todo». Para Ramírez, «ese desgraciado dicho de 'estás con Cuba o estás contra ella' sería lo mismo que pide (George W.) Bush, o con los Estados Unidos o contra los Estados Unidos». Y concluye que «esa clase de socialismo no favorece ni enaltece a los seres humanos sino que los mutila de la cabeza: es decir, los decapita». ■

---

### *Isabel Allende*

[8 DE MAYO, 2003]

En entrevista con Radio Cooperativa de Santiago de Chile, la escritora Isabel Allende afirmó: «Como no acepto las violaciones a los derechos humanos que hace Estados Unidos en Irak, tampoco puedo aceptar lo que está sucediendo en Cuba» (...) «No puede ser que una ideología se interponga (...) cuando tú estás viendo que está pasando una cosa que es inaceptable». Para concluir que «Los derechos humanos hay que defenderlos en todas partes». ■

---

### *Fidel Castro*

[*El País*, 11 DE MAYO, 2003]

Entrevistado por Miguel Bonasso para *Página/12*, Fidel Castro declaró: «Saramago es un buen escritor. Realmente nos duele que no hubiese entendido ni una sola palabra de las realidades que viven Cuba y el mundo. (...) Saramago, y algunos otros que hayan actuado de buena fe parecen ignorar por completo que el planeta marcha aceleradamente hacia una tiranía nazi-fascista. Con toda seguridad pienso que se dejó llevar por un ataque de ira y contrariedad que le obnubiló su capacidad de razonar. Algo más, tal vez un rasgo pasajero de autosuficiencia y vanidad, nada extraordinario en un buen comunista acostumbrado durante muchos años a la calumnia y la diatriba, que ha sido de repente elevado al olimpo de un Premio Nobel». ■

---

### *Joan Manuel Serrat*

[13 DE MAYO, 2003]

En México, donde promocionaba su disco *Versos en la boca*, el cantautor Joan Manuel Serrat alertó que la crisis actual podría desembocar en una intervención de los Estados Unidos en Cuba, «con la misma ligereza y con los mismos argumentos groseros con los que iniciaron la guerra contra Irak». También aclaró: «No estoy en absoluto de

acuerdo con ningún régimen, ni con nadie, que a quien opina de forma distinta al oficialismo lo condena a la cárcel» (...) «Estoy absolutamente en contra de la pena de muerte y mi postura es absolutamente clara, de repudio a los hechos ocurridos en Cuba últimamente»(...) «la libertad y la justicia andan de la mano o no andan». ■

## Collazo versus Collazo (Fragmentos)

*Ileana Fuentes*

[*Encuentro en la Red*, 14 DE MAYO, 2003]

(...) Resulta que ahora, desde el coro de informantes del Ministerio del Interior, Collazo, alias agente *Tania*, revela su orgullo revolucionario por su bien cumplida misión. «Acabo de vivir el momento más sublime de mi vida, cuando la dirección de la Revolución me eligió junto a otro grupo de compañeros de la Seguridad, para que testificara ante los Tribunales y desenmascaráramos las actividades subversivas de los elementos contrarrevolucionarios al servicio del imperio» (*Mujeres Online*, 5/5/03). Pobre Odilia Collazo, sin ideas o discurso propio, repitiendo los bocadillos del guión oficial.

(...) ¡Que se ponga de pie la verdadera Odilia Collazo!

Esa misma persona, en su papel de opositora, tampoco escatimó críticas o denuncias a la revolución en más de una década. (...) (Su) labor de levantar conciencia por la radio y de denunciar las violaciones del Gobierno cubano constituye un «daño colateral» que el régimen no puede revertir ahora encerrando a 75 voces, ni tampoco disimular diciendo que era parte del esquema «de inteligencia». El daño colateral es irreversible. Los informes sobre el desastre interno divulgados por Odilia Collazo durante años reflejaban, a pesar de su misión secreta, la cruda verdad. Y son las «verdades» pronunciadas por la agente *Tania* en los recientes juicios sumarios las que son falsas.

(...) Le llamaba «propaganda oficial» al mensaje del régimen sobre la emancipación de las mujeres, y añadía que «el propósito de facilitar el trabajo femenino correspondía más a una necesidad imperiosa del país que a ideales igualitarios. En la práctica, las madres y abuelas comenzaron a asumir una doble carga... La relativa igualdad de acceso al trabajo nunca ha estado unida a un reparto más equitativo de las responsabilidades familiares... la preocupación por la supervivencia familiar continua siendo femenil: [son las mujeres] quienes llevan sobre sus hombros el peso de la familia cubana».

Denunciaba las altas tasas de divorcio, la hostilidad del sistema a la estabilidad de la familia, los problemas de la vivienda, los bajos salarios, la violencia doméstica, la deserción escolar, los embarazos fuera de matrimonio, las madres solteras obligadas a criar a sus hijos «en los avatares de la escasez y sin siquiera un mínimo respaldo económico». Y denunciaba también el contraste (causado por el desarrollo turístico) entre «las jineteras que reciben muy fácilmente, por obra y gracia del dólar, la categoría de ‘señora’ en cualquier tienda o dependencia pública», y «la infeliz cuyos recursos económicos no sobrepasan el reducido salario devengado cada mes, con la impedimenta de vestirse decorosamente». Collazo aprovechó ese escrito para lanzar un dardo letal hacia la cúpula gobernante: «...la mujer queda relegada a un papel

secundario en el plano político y social. Las ministras y miembros del Buró Político y el Comité Central no exceden el 10 por ciento, mientras que alrededor de un 40 por ciento del liderazgo opositor es femenino».

¿Y qué decía la opositora Collazo en su denuncia sobre la oposición en la que militaba? Pues suficiente para absolver completamente a los 75 disidentes encarcelados, y botar al cesto de la basura todo lo declarado por la informante *Tania* en los tribunales: que ese liderazgo se inserta «dentro del creciente número [que se une a] la disidencia y a la oposición pacífica, en un movimiento en pro de la democracia, reclamo de reformas constitucionales y la lucha por la creación del espacio político necesario para garantizar la libertad de pensamiento y de expresión».

¡Pobre Odilia Collazo! ¡Sacrificar la conciencia en aras de un denigrante orgasmo ideológico! «Sólo me resta decir que estoy lista para nuevos combates». Se equivoca una vez más la compañera.

El «combate» que le espera es el más amargo y difícil de todos: el que tendrá que librar consigo misma. ■

### *Carlos Fuentes*

[*El Tiempo*, 18 DE MAYO, 2003]

Tras señalar que Castro «lleva décadas equivocándose» y que «está encerrado, está capturado dentro de su propia derrota, dentro de sus propios errores», Carlos Fuentes se pregunta si Fidel Castro no estará buscando «un fin numantino, una Cuba en llamas y él en el centro de la llamarada, haciéndole frente a los norteamericanos». «A mí me irrita que habiendo una solidaridad internacional tan grande en contra de la política estadounidense en Irak, Castro haya salido con la detención de 78 personas y el asesinato de tres hombres que lo único que querían era salir de Cuba. Le ha hecho un gran favor a Estados Unidos. Gran paradoja, ¿no?: Castro ha actuado como gran aliado de Washington». Y sobre la posición adoptada por el escritor colombiano Gabriel García Márquez, dijo: «Respeto siempre la posición de mis amigos frente a cualquier tema, y nunca critico a un escritor por la posición que ha adoptado. No critico la posición de (Mario) Vargas Llosa, ni la de García Márquez, ni la de Susan Sontag, porque creo que cada uno tiene derecho a su propia posición y a ser respetado por los demás». (García Márquez) «tiene sus ideas y sus fidelidades». «A veces no coinciden con las mías, pero para mí lo que importa es la amistad con García Márquez. Tenemos una amistad desde hace 40 años, muy profunda, muy fraternal y nuestras diferencias frente a un determinado hecho político no la van a afectar». ■

### *Silvio Rodríguez*

[26 DE MAYO, 2003]

Según reporta AFP, el cantautor cubano Silvio Rodríguez, en declaraciones desde Cuba a Radio Cooperativa, dijo: «Jamás he sido partidario de la pena de muerte», aunque no estaría dispuesto a condenar las recientes ejecuciones en Cuba «si eso significa bajar las defensas ante el enemigo que se nos viene encima. En otras circuns-

tancias, sí». Explicó que, en cita de AFP, «la carta que suscribió junto a otros intelectuales y artistas cubanos en respuesta a críticas sobre los ajusticiamientos sumarios de tres secuestradores y el juzgamiento de 75 disidentes, no fue para justificar tales medidas, sino para defender la revolución cubana». Según el cantautor, Fidel Castro pidió al pueblo cubano un voto de apoyo «y como a mí personalmente Fidel hasta ahora no me ha defraudado, le di ese voto de confianza». Y añade que «muchas veces me he sentido confundido, pero en esta ocasión no». ■